

# Vasco-Celtica

J. GORROCHATEGUI  
(UPV/EHU)

## ABSTRACT

This essay is a review of the linguistic relations between Celtic and Basque, in the light of the new data provided by Continental Celtic inscriptions. Most of the hypotheses put forward concerning Celtic borrowing in Basque are examined in turn, with criticism of the weakness of many of them, and support for some that seem more probable.

1. Es una opinión generalizada, a partir de evidencias históricas, arqueológicas y epigráficas de todo tipo, que la lengua vasca en la Antigüedad mantuvo relaciones de vecindad con lenguas de tipo celta. Por medio de esas fuentes sabemos, en primer lugar, que el euskara (E) se hablaba en un territorio mucho más extenso que el conocido para época medieval, con unos límites que llegaban por el Este, como mínimo, hasta el valle de Arán y por el Norte hasta el Garona. La lengua con la que limitaba, al menos desde el s. III a.C., era el galo (G), en cuyo favor fue cediendo parte del territorio septentrional y oriental (Gorrochategui, 1985).

Aunque las evidencias antiguas sobre la presencia lingüística vasca en la vertiente meridional sean mucho más escasas, se puede sostener que fue lengua de uso en amplias zonas de Navarra y de la depresión vasca, mientras que los hablantes del celtibérico (CI) debían ir aumentando a medida que se alejaba uno de las montañas hacia el Sur; la margen derecha del Ebro hasta Zaragoza era celtibérica.

La toponimia y la antroponimia personal dejan bien patente que la influencia de estas dos lenguas en el territorio y los hablantes vascos fue considerable. Si en el Norte la capital de una de las *ciuitates* con mayor densidad de nombres éuscaro-aquitano llevaba por nombre *Lugdunum*, en el Sur denominaciones actuales como *Deva* o *Ulzama* (ant. *Uzama*) remontan a frecuentes y seguros topónimos celtas: IE *\*deiwo-* > celt. *\*dēvo-* 'divino' (en gálata aún con *ei* conservada: *Δηιο-ταρος*) e IE *\*upsamā* > celt. *\*uxamā* 'la más elevada'.

En Aquitania, zona de mayor documentación, se atestiguan nombres de persona mixtos, como *Belheio-rigis* (gen.), formado mediante el frecuente elemento antroponímico galo *-rix* sobre una base aquitana, o acomodaciones de nombres galos a la fonética indígena, como *Bocontiae* (dat.) a partir de G. *Vocontius* o posiblemente *Bersegi* (gen.) a partir de G. *\*Ver-sego-*.

No es necesario insistir en que la situación lingüística ofrecida por las fuentes se refiere a un hiato cronológico no muy extenso, en concreto a un par de siglos en el caso del contacto vasco-celbíbero y algo más seguramente en el del galo, hasta la extinción de estas lenguas a causa de la romanización. Dentro de la órbita del ordenamiento romano de Occidente y unos cuantos siglos antes el euskara estuvo, pues, en contacto con dos lenguas celtas concretas, que, aunque presentaran inevitables coincidencias debidas al acervo común, diferían entre sí, por lo que sabemos, en aspectos importantes de fonología, léxico y sintaxis.

2. El primer problema con el que se encuentra la comparación vasco-céltica reside en la escasa y fragmentaria documentación de las lenguas en contacto para la época antigua. El G y CI son lo que técnicamente se llaman *Restsprachen*, es decir, lenguas con *corpora* textuales exigüos, de los que el análisis lingüístico en los casos más afortunados sólo pudo obtener retazos aislados del entramado general de la lengua (Untermann, 1980).

Dadas las circunstancias se hace inevitable el recurso a las lenguas neocélticas, entre las que el irlandés<sup>1</sup>, por su temprana tradición manuscrita a partir del s. VII y por su conservadurismo general en comparación con el galés (Gal) y demás lenguas britónicas como el córnico (Co) y bretón (Br), representa un punto de apoyo insustituible. Un vocablo vasco tendrá tantas más posibilidades de ser considerado correctamente préstamo celta, cuanto más extendido esté en las diversas lenguas celtas: más si lo está en las dos ramas del celta insular que en una sola y más aún si hay testimonios en G o CI.

3. Otra cuestión que dificulta el hallazgo de correspondencias es el gran cambio ocurrido en celta insular en el período preliterario que va desde, digamos, el cambio de era hasta los primeros textos medievales. Para enumerar esquemáticamente los más importantes, hay que mencionar la lenición consonántica con las subsiguientes secuelas de orden morfológico expresadas en las mutaciones iniciales, la pérdida de sílabas finales y síncope de mediales que alteran drásticamente el aspecto de las palabras, las infecciones vocálicas, las coloraciones consonánticas, etc., procesos que confieren a las lenguas célticas una nueva imagen.

Sin tener presente estas circunstancias, Tovar, 1945, 32s., pudo acep-

(1) Existen también alrededor de 300 inscripciones sepulcrales, en escritura ogámica, que los eruditos no remontan más allá del s. IV d. C. La particularidad de la sociedad medieval irlandesa, con una fuerte tradición oral, hace que muchos textos, especialmente los legales y cierta poesía aristocrática muy arcaica, conserven un estadio de lengua mucho más arcaico que el que le correspondería a la fecha de trasliteración.

tar la equiparación entre E. *hoge* y Gal. med. *ugeint*, Br. *ugent* '20', sin darse cuenta de la presencia de I. ant. *fiche* ni de que las formas britónicas exigen una protoforma *\*wi-kmti*, de donde por tratamiento britónico, G y CI de *\*m > am* esperaríamos *\*vikanti*; sólo más tarde se produjo la lenición britónica (*\*viganti*), el *i*-umlaut, la pérdida de vocal final y el tratamiento de *wi-* (Cf. ya Meyer-Lübke, 1929, 422s.).

Esto nos lleva a pensar que las formas con las que debemos comparar los posibles préstamos celtas debían tener un aspecto mucho más cercano al latín que al celta posterior. De ahí que a veces sea imposible desde un punto de vista formal decidirse por un origen celta o latino de determinados préstamos: p. ej. E. *zarika* 'sauce' puede explicarse tanto desde un celta *\*salik-* (I. ant. *sail*, gen. *sailech*, tema en gutural, Gal. *helyg* 'sauce') como desde el lat. *salice(m)*. Únicamente su pobre documentación histórica, poca extensión dialectal y falta de empleo en la toponimia del País hacen más plausible, quizá, pensar en un origen latino-románico no muy antiguo.

4. Si poco sabemos en concreto sobre los contactos vasco-celtas en época histórica, nuestro desconocimiento sobre tiempos anteriores es total. No hay respuesta a preguntas tales como: ¿desde cuándo estuvieron los vascos en contacto con hablantes celtas?, ¿cómo podía ser el celta del s. VI a.C.?, ¿habría comenzado la diferenciación dialectal que dio por resultado las lenguas históricas o aún se hallaría muy cerca de lo que podríamos llamar «celta común»? ¿hubo contactos duraderos con otros pueblos indoeuropeos anteriores a los celtas?, etc. Estas preguntas atañen a cuestiones centrales de la Edad del Hierro en la Península y en Europa Occidental, como la indoeuropeización de Occidente, la formación del pueblo celtibérico, la separación o *Gliederung* del celta, la llegada de los celtas a las islas, etc.

Dado que, en principio, los contactos de la lengua vasca con hablas indoeuropeas precélticas pudieron ser posibles, se ha relegado a un IE indeterminado alguno de los préstamos que, propuesto en origen como celta, no superaba el rigor de la ecuación exigida a una lengua concreta de perfiles bien definidos. El ejemplo más claro lo ofrece E. *hartz* 'oso', que fue considerado celta por Pedersen, *VG*, I, 21 y Tovar, 1945, 33, en comparación con I. ant. *art*, G. *Artioni* (dat.) 'diosa osa' y Gal. *arth*. Meyer-Lübke, 1929, 424s. y Holmer, 1950, 402s. objetaron la dificultad de equiparar las cons. finales dada la carencia de base para postular una asibilación<sup>2</sup> de la dental del celta *arto-* en E. *hartz*, aparte de la *h-* inicial y del no mantenimiento del tema *-o*. Como de todos modos el paralelo es atractivo y no se puede dudar de la antigüedad del término en E. (cf. el antr. *Harsi*, gen. en Aquitania), se pensó que podía tratarse de un préstamo de una lengua IE, que tratara la *\*r* vocálica como el celta, al menos ante grupo consonántico *\*r > ar*, cf. GOI § 251b), pero que tuviera una

(2) Solamente en bretón y a partir de bien entrada la Edad Media se documenta *z* en lugar de la *-th* britónica, cuya pronunciación pudiera ser [ts]. Cf. Fleuriot, *Le vieux breton*, 1964, pp. 100ss.

sibilante frente a la *t* del celta, como en lat. *ursus*. El inconveniente es-triba en que no hay, por ahora, ninguna prueba fehaciente de la existencia de una lengua así en Occidente. La forma hitita correspondiente, *hart(a)ka*, obliga a postular una protoforma IE *\*h<sub>2</sub>rtko-*, antecesora de otra general pero no anatólica *\*h<sub>2</sub>rkto-*, que bien pudiera en algunos lugares tener una realización [h<sub>2</sub>rkʰ]. El sonido fricativo [ʰ] que en opinión de muchos serviría para explicar los sonidos /s/ del indio antiguo *řksa* o el sonido /s/ del latín, podría ser también el antecedente de la africada *-tz* del E. *hartz*. Aunque algunas lenguas indoeuropeas conserven reflejos de la laringal ante consonante o sonante silábica (p. ej. las llamadas vocales protéticas del griego o del armenio: gr. *ónoma*, arm. *anown* frente a lat. *nōmen* o hit. *lāman*; gr. *ané:r*, etc.) solamente el anatolio ha conservado sistemáticamente una laringal (*\*h<sub>2</sub>*) mediante lo que aparece gráficamente como <h>. La *h-* de E. *hartz* pudiera indicar todavía un estadio previo a la pérdida de *h<sub>2</sub>* ante la sonante silábica *\*r*, la cual podía haber generado ya una vocal de apoyo de timbre *a* acorde con la calidad de la laringal. De todos modos, hay que tener en cuenta a partir de todos los testimonios, incluido el hitita, que la palabra IE era temática, terminada en *-o*, cuya desaparición en E. no estaría justificada. Por otro lado, E. *hartz* no presenta en su estructura nada que delate o sugiera un origen foráneo.

La equiparación entre E. *mendi* y Gal *mynydd* 'monte', propuesta por García de Diego, fue criticada por Meyer-Lübke, 1929, 424, que recordó que la protoforma britónica era *\*meniyo-* (en realidad es *\*monyyo-*: Co. *meneth*, Br. *menez*). Michelena, 1964, 144s, pensó que podría proceder de un IE *\*m<sub>2</sub>-ti*, grado cero de la raíz *\*men-* 'sobresalir', con un tratamiento *\*n* > *en* (en CI., G. y brit. el resultado es *an*: Gal. *mant* 'mandíbula', cf. lat. *mentum*, got. *munths* 'boca' < IE *\*m<sub>2</sub>-to-*). Dado que el lusitano, con la conjunción *indi* (*\*endi* < IE *\*<sub>2</sub>dhi*), atestigua tal tratamiento en Hispania, no puede ser imposible que el E. adoptara una forma *\*menti-*, aunque para explicar la forma histórica debemos postular una sonorización muy antigua y general del grupo *-nt-* > *-nd-*, distinta a la realmente ocurrida más tarde, que no afectó a los dialectos orientales (cf. lat. *-mentum* > E. *-mendu*, pero ronc. *-mentu* y sul. *-mentii*).

5. Desde el lado vasco la situación es aún más precaria, al faltar por completo textos antiguos, de modo que nuestro conocimiento de la lengua queda reducido a un *corpus* de nombres propios, de los que un puñado más o menos numeroso tiene una buena explicación intravasca. Las inferencias extraíbles de este material se limitan casi por completo a la fonología, y algo al léxico y a la morfología (composición y derivación). Pero nos permiten afirmar que en ese campo no ha habido catástrofes espectaculares. Se continúa con un sistema básico de cinco vocales desde los primeros testimonios y en el consonantismo se aprecian cambios menores: *-n-* >  $\emptyset$ , *-l-* > *-r-*, *-nn-* > *-n-*, *-ll-*  $\geq$  *-l-*, intervocáli-

cas, etc. La máxima inestabilidad se aprecia en la sílaba inicial con numerosos casos de variación consonántica, mientras que las oclusivas intervocálicas son mucho más estables de lo que lo son en los romances occidentales. Todo ello produce la impresión de un vivo contraste entre el comportamiento celta (en parte coincidiendo con el romance occidental) y el vasco en época histórica. Mientras en los primeros la lenición (o sonorización, etc.) se produce básica y originariamente en sílaba medial, en E. el debilitamiento ocurre en inicial, p. ej., lat. *catena* > esp. *cadena*, fr. *chaîne*, pero E. *gatea*; por otro lado, G. *catu* 'combate' y Gal. *cad* o I. ant. *cath*, ambos con lenición de *-t*.

Tras esta breve presentación de los dos lados de la relación, rápidamente se aprecia una ventaja documental en favor del celta, acrecentada enormemente por el hecho de pertenecer a una familia cuyos estadios reconstruidos actúan subsidiariamente en caso de duda o escasez. Por ello es normal que en la comparación el E. aparezca más frecuentemente como receptor que como donante, aunque muchos celtistas crean que determinados fenómenos celtas, que tipológicamente considerados son poco indoeuropeos, se deben en última instancia a acciones de un sustrato no indoeuropeo, relacionado por parentesco o afinidad con el E.

En este sentido se ha mencionado repetidas veces el orden de constituyentes del I. (V S O), aunque en este caso no haya paralelo vasco. Mucho más cercanas al E. se encuentran las formas verbales relativas del I. ant. y del G. (*téte* 'que va' y *toncsiiontío* 'que jurarán' respectivamente), que se explican por la sufijación de la marca de relativo indeclinado a la forma personal del verbo (3.<sup>a</sup> per. pl. fut. *toncsiionti* más rel. *io*)<sup>2 bis</sup> como en E. *den*, *duten* (\**da-en*, \**dute-en*); o la aglutinación de los pronombres personales clíticos dentro de la forma verbal, tendencia observada también en esp. y fr. que recuerda inmediatamente al verbo vasco con marcas pluripersonales<sup>3</sup>.

6. Estas coincidencias de índole tipológica, aunque atractivas y susceptibles de deberse a contactos históricos, son difíciles de probar, por lo que me centraré, sin ánimo de exhaustividad, en las *stoffliche Übereinstimmungen* o correspondencias materiales debidas a préstamo léxico, las cuales pueden ser clasificadas en tres apartados:

A. *Términos de origen no IE*. Me parece que aquí hay que incluir casi con seguridad E. *andere* 'señora', I. ant. *ander* 'mujer joven', Gal.

(2 bis) Cf. K. H. Schmidt, *BBCS*, 19:1. 1981, pp. 263-6.

(3) Sobre estas cuestiones ha tratado H. Wagner «The Origin of the Celts in the light of Linguistic Geography», *TPS*, 1969, pp. 203-250 y «Common problems concerning the early languages of the British Isles and the Iberian Peninsula», *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1976, pp. 387-407. Para una visión interna, desde el propio IE, sobre la formación de estas estructuras sintácticas, véase el clásico trabajo de C. Watkins «Preliminaries to a historical and comparative analysis of the syntax of the Irish verb» *Celtica* 6, 1963, pp. 1-49. Téngase presente, de todos modos, que la semejanza en la posición e índole del relativo no alcanza al celtibérico, que tiene un relativo (*io-*) declinado y colocado a comienzo de frase como en la mayoría de las lenguas indoeuropeas antiguas (véase el Bronce de Botorríta), lo cual prueba por un lado la innovación gala e insular con respecto al estadio anterior. Si hubiera que pensar en una influencia de sustrato a lo Wagner, el euskara tendría mayor relación con el continente europeo que con la Península Ibérica. Sobre este último asunto, véase mi «Historia de las ideas acerca de los límites geográficos del vasco antiguo», *ASJU* XIX-2, 1985, pp. 571 ss.).

med. *anneir* 'novilla', Co. *anner* 'id', Br. med. *annoer*, etc. 'uitulus', a pesar de que Pedersen, VGI, 21, M. Olsen, 1906, lo consideraran préstamo celta, y otros como Holmer, 1950, 403, indoeuropeo. Vendryes, LEIA, rechaza las etimologías propuestas y declara los términos celtas de origen oscuro. La adscripción al vasco, o cuando menos a un fondo no IE, se sostiene por: 1. *andere* está viva y coherentemente interrelacionado en el sistema de antropónimos aquitanos formados sobre apelativos que indican relaciones individuales o familiares, como *Cison* 'varón' / *Andere* 'señora'; *Nescato* 'muchacha' / *Seni*- 'criado, chico'; *Atta*- 'padre' / *Sembe*- 'hijo', etc. (Gorrochategui, 1984), 2. mientras que una acomodación de un tema femenino en *-e* por uno de tema en *-a* en celta sería lo esperable, a la inversa no tendría fácil explicación, 3. además, teniendo en cuenta la existencia de los antr. aquitanos de mujer *Ereseni* (dat.) y *Erhexoni* (dat.) donde *se* y *xso* son claramente sufijos, se puede analizar *Andere* como formado sobre una base *And-*, cuyo correlato masculino frecuentísimo es *And-oss-us*, más el elemento femenino *Ere*. La inscr. gala de Chamalières ha dado a conocer una forma *anderson* que podría interpretarse como gen. pl. de *\*anderā* 'mujer'; de todos modos, la reciente inscripción de Larzac (cf. M. Lejeune et alii, EC, 1985) ofrece una secuencia *anderna*, concertada con *anuana*, que puede entenderse como «inferna nomina», relacionándolo, por tanto, con lat. *inferus*, sancr. *adhara*, etcétera, acorde por otro lado con la primera interpretación de Fleuriot dada a *anderson* de la inscripción de Chamalières (EC, 15, 1976-7, páginas 173 ss.).

E. *adar* 'cuerno, rama' e I. ant. *adarc* 'cuerno' (sin etimología IE), es probable que remonten a un término no IE del Occidente europeo, según opinión de Michelena, 1964, 140 y otros. Otra coincidencia de origen no IE, en este caso entre el E. y el CI, se da en la palabra para la plata: E. *zilhar*, CI. *šilabur* (Tovar, 1979).

B. *Préstamos celtas*. Dentro de los muchos aducidos no me parecen aceptables, aparte de los muchos criticados anteriormente por otros estudiosos<sup>4</sup>, los siguientes:

E. *angio* 'dehesa, lugar de pasto acotado' (de donde el top. *Angiozar*) (Tovar, 1982, 73s.), en relación con el CI. *angios* 'estrecho'. Es difícil establecer una relación semántica entre ambos. Por otro lado, los topónimos aducidos, *Anyós*, *Anués*, *Anhós*, etc. de clara distribución pirenaica hay que explicarlos como formados mediante el frecuente suf. gasc. y cat. *-ós*, arag. *-ués* sobre una base antroponímica (según hipótesis paralelas de Seguy y de Rohlfs).

E. *muga* 'límite, frontera' (Tovar, 1958, 449-454) de celta *\*mrogi*. Los representantes celtas de esta forma (I. ant. *mruig*, Gal., Co. y Br. *bro*) significan más bien 'territorio' que 'frontera', como en germánico (cf. gót. *marka* 'frontera'). Además tenemos documentado ya en G. el paso *mr-*

(4) Entre otras propuestas, *belar*, *bezu*, *borda*, *iratze*, *leku*, *lur*, *negu*, *nerabe*, *ote*, *sarats*, *arraun*, *bizi*, etc.

> *br-*, como lo atestiguan los étnicos *Nitio-broges* o *Allo-broges* o la glosa *brogae* 'agrum'. Aunque el E. pudiera haber acomodado una forma así en algo parecido a \**moroga*, \**muruga*, no existe ninguna dificultad en gascón ni catalán para la conservación del grupo *br-* inicial, y sin embargo tenemos gasc. *mugo*, *mugà* y cat. *boga*. La interpretación del hidrónimo antiguo de Cataluña *Sambroca* (supuesto antecedente del actual *Muga*) como «con-finia» es totalmente inaceptable desde el punto de vista celta, donde no existe el prefijo *sam-* y menos como correlato del lat. *cum*, como si se tratase de una lengua satem.

Me parecen préstamos aceptables los siguientes:

E. *gori* 'caliente, ardiente', cf. I. med. *gorim* 'caliente', Gal. *gori* 'incubar'. Br. *gor* 'feu ardent' de un IE \**gwhero-* 'caliente'. El tratamiento \**gwh-* > *g-* en las lenguas de Occidente es únicamente celta (cf. lat. *formus* y gót. *warms*). Aunque hay representantes en los romances hispanos, p. ej. *huero*, *güero* 'huevo que se pierde en la incubación', *engorar* 'incubar', etc., la diferencia de sentido es garantía de un préstamo directo del celta sin intermediación románica. El tema, con todo, plantea problemas.

E. *maite*, cf. I. ant. *maith*, Gal. *mad*, G. *Mati-* (ver Holmer, 1950, 404).

E. *mando* 'mulo'. Término bien documentado en diversas lenguas de Europa, desde el mesapio (*Jupiter Menzana*) hasta el ilirio, de donde ha pasado al albanés (*mes* 'mulo'). Aquí nos interesa el término galo-romano *mannus* 'caballo pequeño', que procede de un anterior \**mandos*. Me decido por un origen celta sin intermediación románica, por el testimonio *-nd-* del E., que no puede proceder de *-nn-* del latín o del antecedente del esp. *mañero* 'estéril'. El término gasc. *mano* es irrelevante para dilucidar esta cuestión<sup>5</sup>.

Parecidas razones me hacen pensar que E. *landa* procede del celta \**landa* (I. *lann* 'freier Platz', Gal. ant. *lann* 'area, ecclesia', o *lan*, Br. *lann* 'landa'), cuyo derivado fr. es *lande* y gasc. *lano*. Aunque formalmente es posible que el término proceda del latín vulgar o romance primitivo, hay algunas razones que me inclinan por una adopción antigua: 1. la propia extensión del término en E. y su amplio uso en toponimia. 2. la imposibilidad de que sea préstamo hispánico (Corominas, *DELCE*), 3. aunque no sepamos la fecha de cumplimiento del proceso gascón *-nd-* > *-n-*, hay indicios epigráficos de época romana que indican que el proceso se había iniciado en fechas muy tempranas: antr. *Annereni* (dat.) que es inseparable de *Andereni*, (Gorrochategui, 1984, p. 144).

E. *gezi* 'dardo', en relación con G. *gaesum* (transmisión latina), I. ant. *gái*, *gáe*, Gal. *gwaew* (celt. \**gaiso-*). Se ha objetado (Michelena, 1964, 143; Holmer, 1950, 405) contra el préstamo directo la presencia de *e* a partir de *ai*, ya que el E. hubiera mantenido el diptongo. De todos modos, aunque Watkins, 1950, no aprecia nada reseñable en el diptongo *ai* para el ga-

(5) De todos modos los compuestos onomásticos galos indican que el término era un tema en *-u-*: véase K. H. Schmidt, *KGP*.

lo de la Narbonense, hay indicios de que este diptongo podía realizarse como *e* en el propio G., p. ej. div. G. *Setlo-ceniae* (dat.), que en su primera parte se relaciona con Gal. *hoedl* y lat. *saeculum* (\**saitlo-*); la div. *Esus* (en compuestos *Esu-geno*, *Esu-magius*, etc.) aparece también grafiada *Aesus* por ultracorrección; frente a Gal. *coed* 'bosque', Co. ant. *cuit*, Br. *coat* (\**kaito-*), G. presenta tanto *Καιτο-βριξ* como *Ceto-briga* y (*mons*) *Vo-cetius* (ver Schmidt *KGP*, Dottin, 1920). Por otro lado, a pesar de la reducida extensión dialectal moderna, su empleo es antiguo desde Leizarraga, y debió emplearse en todo el País, como testimonia Baltasar Echaue, 1607, 55: *guecia* 'azconcillo arrojadiço'.

C. *Préstamos celtas a través del latín o romance*. Por último quedan los términos que, aunque en última instancia proceden del celta, han sido introducidos en el E. casi con seguridad por mediación latina o romance. Incluimos aquí términos con amplia documentación en los romances occidentales, como *gona*, *kai* o *lata* (y su compuesto vasco *eslata* 'vallado de madera', Azkue)<sup>6</sup>, *gereta*, etc., o aquellos que muestran algún indicio latino románico en su formación, como *izoki(n)* 'salmón'. Estos términos han sido tratados desde hace tiempo por los romanistas y en realidad constituyen un apartado de lo *Keltoromanisches* y si se quiere de la *Vascoromania*, por lo que vamos a dar por terminada esta breve aproximación a los problemas que plantea el contacto lingüístico vascocelta, con la esperanza de que los nuevos materiales del celta y las investigaciones sobre las dos lenguas irán iluminando poco a poco el período protohistórico más cercano a nosotros.

(6) Meyer-Lübke, 1924 y Holmer, 1950, 409 consideraron E. *eslata* (Markina) préstamo directo del celta \**slatia*, correspondiente a I. *slat*, sin intermediación románica, debido a la conservación de la *s-* inicial que no se ha producido en ningún romance. Bähr, *RIEV* 18, p. 162, sin embargo, prefirió, creo que acertadamente, analizar el término vasco como un compuesto de E. *esi* 'seto' más *lata*, muy documentado en E. en el sentido de 'armazón de madera, seto de madera, tabla, etc.'. La objeción de que el sentido del compuesto debía ser antes «tabla de seto», que referirse a todo el vallado, queda sin fuerza al comprobar que en Markina Azkue recoge *esol*, claramente compuesto de *esi* y de *ol* 'tabla', con el sentido de «estacada».



## BIBLIOGRAFIA

- BELTRAN, A. & TOVAR, A. 1982. *Contrebia Belaisca I. El bronce con el alfabeto 'ibérico' de Botorrita*, Zaragoza.
- BERNARDO STEMPEL, P. de, 1987. *Die Vertretung der indogermanischen liquiden und nasalen Sonanten im Keltischen*. Innsbruck.
- COROMINAS, J. *DELIC = Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid.
- DOTTIN, G. 1920. *La langue gauloise*, París.
- FLEURIOT, L. 1976-7. «Le vocabulaire de l'inscription de Chamalières», *EC*, 15, pp. 173 ss.
- GOI = THURNEISEN, R. 1946. *A Grammar of Old Irish*, Dublin.
- GORROCHATEGUI, J. 1984. *Onomástica indígena de Aquitania*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- , 1985. «Lengua aquitana y lengua gala en la Aquitania etnográfica», *Symbolae L. Mitxelena septuagenario oblatae*, ed. J. L. Melena, Vitoria 1985, pp. 613-628.
- HOLMER, N. 1950. «Las relaciones vasco-celtas desde el punto de vista lingüístico», *BAP*, 6, pp. 399-415.
- LEJEUNE, M. et alii. 1985. *Le plomb magique du Larzac et les sorcières gauloises* Paris (tirada aparte de *EC*, 22, pp. 88-177).
- MEYER-LÜBKE, W. 1924. «Keltobaskisches» *RIEV*, 15, pp. 385-7.
- MICHELENA, L. 1964. *Sobre el Pasado de la Lengua Vasca*, San Sebastián.
- OLSEN, M. 1906. «Ein keltisches Lehnwort im Baskischen» *Beiträge zur Kunde der Indogermanischen Sprache*, pp. 325-7.
- PEDERSEN, H. *VG = Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen*.
- SCHMIDT, K. H. *KGP = Die Komposition der Gallischen Personennamen*, ZCP 1957.
- , 1981. «The Gaulish Inscription of Chamalières», *The Bulletin of the Board of Celtic Studies*. 1981, pp. 256 ss.
- TOVAR, A. 1945. «Notas sobre el vasco y el celta» *BAP*, 1, pp. 31-39.
- , 1958. «Etimología céltica de muga». *Festschrift für G. Rohlfs*, pp. 449-454.
- , 1979. «Notas lingüísticas sobre monedas ibéricas» *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Pen. Ibérica*, pp. 473-488.
- UNTERMANN, J. 1980. *Trümmersprachen zwischen Grammatik und Geschichte*.
- VENDRYES, J. *LEIA = Lexique étymologique de l'irlandais ancien*.
- WATKINS, C. 1955. «The phonemics of Gaulish. The dialect of Narbonensis». *Language* (31), pp. 9-19.